

---

Félix Lasheras San Martín\*

---

## *EL ASCENSO NEOCONSERVADOR*

*en Estados Unidos*

---

### Introducción

Nos hemos acostumbrado a ver a los Estados Unidos como una sociedad monolítica. La idea del actor único racional, de por sí discutible en algunos casos de análisis de política exterior, se traspasa mecánicamente al espacio de la sociedad interna. Pensamos en unos Estados Unidos sumidos en el poderío de su imagen y en la fuerza del estrecho consenso sobre el que se mueve el juego político, como si en ese país no hubiera lucha política interna por delimitar los espacios de dicho consenso. No resulta extraño, pues, que encontremos dificultades para entender las nuevas manifestaciones neoconservadoras y las posturas radicales de la nueva derecha y que, por ende, se caiga con excesiva facilidad en el simplismo analítico.

La sociedad norteamericana, como Tocqueville señala en *La Democracia en América*, parecía estar hecha para las doctrinas liberales. No es de extrañar, entonces, que el liberalismo fuera la corriente dominante a lo largo de dos siglos de historia. Sin embargo, hoy son manifiestas sus propias dificultades para ofrecer ciertas respuestas, lo cual lleva al ascenso del conservadurismo.

Por vez primera los conservadores son capaces de articular una respuesta a la crisis en la que la sociedad norteamericana se vio inmersa hace diez años arrebatando la iniciativa a los liberales. Con esta "revolución con-

\* Estudiante del posgrado en ciencia política en la FCPyS-UNAM.

servadora” las fuerzas de este signo han diseñado un proyecto mediante el cual ofrecen un tipo de opciones frente a la crisis.

El diseño de esta estrategia y las fuentes que la alimentan, a pesar de lo que pudiera parecer, dada la hegemonía liberal, hunden sus raíces en los tiempos del nacimiento de la nación. Manifestaciones conservadoras, con más o menos influencia, se han producido a lo largo de toda su historia, que no hay que confundir, no obstante, con las expresiones de la derecha radical norteamericana, que emergen en la década de los veinte como respuesta de algunos grupos sociales que sienten amenazado su estatus, y que son el antecedente de la nueva derecha.

En el presente trabajo se intenta esbozar una panorámica de las principales expresiones del conservadurismo con el objeto de lograr un acercamiento a sus actuales propuestas. Para ello, nos hemos remontado hasta sus orígenes con el fin de comprender mejor el ascenso de estas fuerzas sociales bajo las premisas neoconservadoras, es decir, los hombres que están cambiando la política en los Estados Unidos y que son la base teórica del proyecto reaganiano.

### **Los orígenes conservadores**

A pesar de su tradición liberal, la existencia marginal del pensamiento conservador en la sociedad norteamericana, hasta la década de los ochenta, es un hecho. Podemos decir que con más o menos influencia, el pensamiento conservador ha sobrevivido desde la fundación de los EEUU.

No es difícil encontrar influencias de Burke en las posiciones de los federalistas, en particular en Adams, a pesar de que la nueva nación, a diferencia de Europa, no tuvo que construirse sobre la destrucción del “antiguo régimen”. Ninguna fuerza social feudal (la nobleza, la Iglesia o la situación privilegiada de algunas ciudades) fue obstáculo para el avance de las fuerzas igualitarias provenientes de los propietarios rurales o comerciales. En los inicios de la vida política, el conservadurismo no estuvo ligado a las fuerzas feudales, sino a los propios liberales que deseaban frenar el auge de las ideas democráticas radicales que emanaban de la Revolución Francesa, mismas que cautivaron a Jefferson. La lucha política de los padres fundadores se movía entre la idea de frenar al gran Leviatán, a través de los derechos del hombre y la división de poderes y frenar también los excesos liberales.

Estas primeras manifestaciones conservadoras no podrán articularse como expresión diferenciada, porque las diferentes corrientes políticas organizadas poseían, a la vez, elementos liberales y conservadores, y debido a que sus posiciones eran cambiantes, pragmáticas y estaban ligadas al pro-

ceso de cambio profundo que sacudía a la sociedad norteamericana. A medida que el modelo de desarrollo de los federalistas fue imponiéndose (un gobierno grande que definiera una política expansiva y proteccionista para facilitar las fuerzas del mercado a diferencia del modelo antifederalista que proponía un gobierno pequeño, política aislacionista y libremercantista que compensara los desajustes sociales del *laissez faire*) sobre todo desde el final de la guerra de 1812, el conservadurismo comenzó a aglutinarse en torno a los políticos y pensadores sureños. La Reforma de Jackson no hizo más que acelerar ese proceso. El nuevo pensamiento conservador, además de responder a la extensión de la democracia, como las posiciones de Kent frente al derecho al voto, desarrolló un pensamiento social en defensa de los valores sureños en los que se glosan la sociedad rural y la moral cristiana. Cabe destacar los escritos de Randolph y Fitzhugh con los que se pretendía demostrar la superioridad de la esclavitud frente a otras formas sociales en la que existía la desigualdad.<sup>1</sup>

Pero este pensamiento conservador de carácter social comenzó a declinar con el triunfo del Norte en la guerra civil. El Sur vio cómo se disolvían las viejas explotaciones esclavistas, transformando las costumbres y la moral; vio cómo se introducían las ideas productivistas e individualistas basadas en la igualdad de oportunidades poniendo en cuestión los valores sureños y sobre todo presencié el fin del predominio de la sociedad rural: había acabado el sueño de un país agrario y moderno.

El crecimiento económico sin precedentes que siguió a la guerra y que se sostuvo durante 50 años, la riqueza que generó, la posibilidad de movilidad social, como sentimiento dominante en la sociedad, tan irónicamente reflejado en las novelas de Mark Twain, no pueden ser eclipsados por el sentimiento de invictos que se consumen día a día, de los hombres que encarnan los valores sureños en las novelas de Faulkner. El cambio de siglo sólo produjo pensadores que creían fanáticamente en las ilimitadas fuerzas del mercado y en la idea smithiana de que cada individuo es social en la medida en que se adapta al fluir natural de las fuerzas sociales. El darwinismo social de Sumner es la expresión de este sentimiento.<sup>2</sup>

Hasta los años veinte la sociedad norteamericana vivió del impulso de la guerra civil. Éstos fueron de inflexión en tanto el modelo implementado empezó a vislumbrar la crisis. Importantes transformaciones tenían lugar en el proceso productivo: el taylorismo y el fordismo acompañados de un desarrollo desconocido de los medios de comunicación social convulsionaban a la sociedad norteamericana. La “nueva época” aparecía como una

<sup>1</sup> Para tener una idea del pensamiento conservador sureño, ver: R. Kirk, *La mentalidad conservadora en Inglaterra y los Estados Unidos*, Madrid, Ediciones Rialp.

<sup>2</sup> Ver el artículo de Sumner: “La ley de la competencia”, en J.A. Singer (comp.) *La tradición conservadora en el pensamiento de los EE. UU.* Editores Asociados.

máquina imparable. La riqueza sin precedentes era el sentimiento que dominaba. El doble comportamiento de una misma manifestación social: la vida licenciosa y la vida tradicional eran expresados con el nacimiento de movimientos fundamentalistas: el KKK, la Ley seca y la libertad moral a ritmo de jazz de ciertos sectores. Los negros y otras minorías étnicas y religiosas se convertían en el peligro de los hombres blancos, anglosajones y protestantes, que habían escalado a una nueva posición social. Fue el nacimiento del WASP\* como expresión de los únicos valores posibles. Las condiciones sociales no favorecían el surgimiento de un movimiento conservador más allá del de salvaguardar un comportamiento basado en las viejas costumbres. Sólo algunas voces empezaban a vislumbrar los efectos perniciosos que en la sociedad estaban causando el proceso urbanizador y la vida moralmente licenciosa producto del esplendor económico. Atacaban el modernismo cultural y la libertad moral abogando por restaurar los valores morales tradicionales.

Los años veinte conocieron la expresión de un conservadurismo social más que político. Escritores y pensadores como Babbit, More y Santayana se enfrentaron a los problemas que surgían en la nueva sociedad industrial de masas. Su defensa de un retorno a un humanismo de valores morales frente a la deshumanización de las relaciones sociales en las grandes ciudades; del puritanismo frente al hedonismo modernista; su rechazo a la utilización del poder político para fines igualitaristas y su crítica al nuevo imperialismo, quedaban fuera de cualquier viabilidad práctica. Se situaban en lo que se ha definido como un conservadurismo romántico sin capacidad de convertirse en los fundamentos de un movimiento político conservador.<sup>3</sup>

El *crack* del 29 cambió completamente las condiciones sociales. El desarrollo de los bienes de consumo que acompañó a los cambios en el proceso de producción, y el cambio en los escaparates y en la publicidad no fue seguido en la esfera de la circulación. El proceso acumulativo se agotó y los EEUU conocieron la mayor crisis económica y social que jamás habían vivido. Las fuerzas del mercado que hasta entonces habían sostenido un crecimiento económico sin precedentes, fueron incapaces de hacerlo. La problemática nacional ya no era la de reformular un código ético acorde con la nueva situación social, sino la de resolver el desempleo y el hambre.

La adopción del *New Deal* produjo efectos considerables, no sólo en la vida social, sino también en el pensamiento político. El primero fue la discusión sobre la misma naturaleza del “ideario norteamericano” y la defi-

\* White Anglo Saxon Protestant

<sup>3</sup> Los rasgos básicos de este conservadurismo se encuentran definidos en Kirk, *op. cit.*, cap. 12.

nición del marco político sobre el cual tendría que moverse en adelante la vida política.

La constitución de *The American Liberty League*, cuya base fue la defensa del liberalismo económico, surgió como la manifestación organizada de las grandes empresas norteamericanas frente a las reformas económicas del presidente Roosevelt. Acusando a éstas de anticonstitucionales y de romper el marco político, convirtió a los defensores del liberalismo económico en el principal grupo conservador del país en esos días.<sup>4</sup>

La crisis del 29 fue una crisis de confianza en los valores norteamericanos. No fue sólo una crisis económica. El *New Deal* mostró todavía la fuerza del pensamiento liberal que fue capaz de reconstruirse sobre nuevas bases; pero los años treinta abrieron una crisis de inseguridad en la sociedad que predominó hasta finales de la década de los cincuenta, sobre la que se articuló de nuevo el pensamiento conservador.

### La articulación conservadora

A pesar de que los EEUU habían salido victoriosos del conflicto mundial, la sociedad de posguerra se enfrentaba con una contradicción: por un lado, condiciones reales de pleno empleo y potencia hegemónica, por el otro, un estado de inseguridad producto de las altas tasas de urbanización a las que acompañaban el desarraigo familiar y la pérdida de valores, el fantasma del paro y el miedo al comunismo.

La tarea de los pensadores y dirigentes políticos estaba claramente definida; rearmar ideológicamente a la sociedad, de tal manera, que no sólo ésta tomara conciencia de que el periodo de entreguerras estaba superado, sino también de la necesidad de recuperar y reconstruir los valores tradicionales norteamericanos, más aún cuando éstos habían alcanzado el rango de valores de todo el mundo occidental.

Aunque fueron los pensadores liberales quienes mejor diagnosticaron la realidad social y quienes fueron capaces de construir el pensamiento sobre el cual se sostuvo la acción política que resolvió la contradicción antes señalada (de ahí que impusieran su hegemonía durante las siguientes décadas) también es verdad que el pensamiento conservador conoció un nuevo impulso.<sup>5</sup>

El pensamiento conservador que renació no era monolítico ni homogéneo. Tenía todas las características que tienen las ideas cuando se gestan.

<sup>4</sup> Ver artículo de Frederik Rudolph, "The American Liberty League, 1934-1940", en *The American Theoretical*, oct. 1950.

<sup>5</sup> Las propuestas liberales se encuentran articuladas y condensadas en A.M. Schlesinger, *La política de la libertad: el centro vital*, Barcelona, Dopesa.

Era minoritario, dividido entre sí y sin posibilidad de plasmación política inmediata. La confrontación de sus ideas en publicaciones periódicas fue el único medio de desarrollar, clarificar y delimitar el nuevo pensamiento. Es el periodo en que ven su aparición: *Modern Age*, *National Review*, *The Freeman*, *Human Events*, *American Mercury*, entre otras revistas y periódicos; todas ellas con tiradas reducidas en aquellos momentos si las comparamos con las publicaciones liberales.<sup>6</sup>

Las diferentes tendencias conservadoras fueron incapaces de desarrollar un pensamiento totalizador, ya que respondieron de forma fragmentada a diferentes problemas sociales, y ninguna de ellas era por sí sola capaz de articular un pensamiento que pudiera competir con el liberalismo.

Dos corrientes se perfilaron en el interior del debate conservador, más allá de los radicales que no veían otra cosa que el peligro del comunismo por todas partes: los libertarios y el conservadurismo tradicional de R. Kirk.

Los libertarios aparecieron en la escena política norteamericana al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Sus pioneros, en los que predominan los de origen austriaco, Von Hayek, Von Mises y Chodorov, llegaron a los EEUU desde el Viejo Continente. Habían visto cómo el fascismo acababa con el liberalismo económico y político, y asociaban el abandono de éste con la catástrofe del siglo XX. Para ellos la civilización consistía en la propiedad y en la libertad individual.

Los libertarios respondían, desde las posiciones del liberalismo clásico, al nuevo liberalismo que defendía la intervención reguladora del Estado. Para ellos las fuerzas del mercado, basadas en la división del trabajo, eran las que mejor podían asignar los recursos económicos y sociales. En esas fuerzas radicaba la libertad y cualquier medida para modificarlas significaba un ataque a ella y un paso hacia el colectivismo que ellos asociaban con el totalitarismo estalinista. Por tanto, si la sociedad no quería caer en éste tenía que evitar que el Estado interviniera en la economía. Su pensamiento estaba condenado a la marginalidad en pleno auge de los partidarios del Estado del Bienestar. Sólo algunos sectores empresariales que sufrían los impuestos y las leyes limitativas a sus inversiones eran quienes apoyaban las posiciones libertarias.<sup>7</sup>

El pensamiento de R. Kirk es la otra corriente conservadora que se estructura en ésta época. Él es el fundador de *Modern Age*, mientras que en *National Review* escribieron todas las tendencias conservadoras, aunque predominaron los radicales anticomunistas. *Modern Age* se propuso recuperar el tradicionalismo norteamericano que Kirk veía plasmado en los valores

<sup>6</sup> Sobre las contradicciones conservadoras de este periodo, ver G. Nash, *The Conservative Intellectual Movement in America since 1945*. Nueva York, Basic Books.

<sup>7</sup> Una visión general de las ideas de los libertarios se encuentra en G. Nash, *op. cit.*, cap. 1.

del Medio Oeste. Era el vehículo de difusión del viejo americanismo, del que formaban parte los valores religiosos cercanos al fundamentalismo, la idea del nativismo, y un cierto rechazo a las élites liberales del Este que estaban poniendo en peligro lo genuinamente americano.

Subyacía una cierta concepción agraria opuesta a los males de la urbanización. No en balde, el libro *The Conservative Mind*,<sup>8</sup> que escribió Kirk, significó un intento por definir un pensamiento conservador, que buscaba recuperar el pensamiento sureño del siglo XIX, y lo que él llamaba el conservadurismo crítico trascendentalista de Babbitt, More y Santayana, que criticaba los males del sistema liberal y los efectos de la industrialización.

En su definición de los cánones que según él posee el pensamiento conservador (defensa del tradicionalismo, la convicción de la necesidad de las jerarquías para el buen funcionamiento social, la defensa del cambio paulatino frente a las reformas para que todo siga igual y la comprensión de los problemas políticos como problemas sociales y religiosos) sobresale la negación del carácter específico de la política: “los problemas políticos son en el fondo problemas morales y religiosos”.<sup>9</sup>

Si para los pensadores liberales era la política lo que podía solucionar el conflicto emocional a través de lo que Schlesinger llamó ‘la fe combativa en la democracia’, para la corriente conservadora lo que podía resolver el conflicto era la recuperación de los valores religiosos y un comportamiento social acorde con la tradición y las costumbres. “No es la ‘democracia’ norteamericana en cuanto tal la que se ubica en las antípodas del designio soviético. Las fuerzas reales de resistencia radican más bien en la tradición moral y política norteamericana y en el constitucionalismo norteamericano”.<sup>10</sup>

El rechazo del nuevo liberalismo, que se localiza en las ciudades del Este, como forma de solucionar los problemas de la sociedad impele al conservadurismo a rescatar los valores mencionados del Medio Oeste. Lo que encuentra en él, es el viejo populismo agrarista transformado. Si al final del siglo XIX, la defensa de los intereses agrarios frente a la acuñación de moneda y la Ley Sherman por el populismo agrario podía situarse dentro del movimiento democrático igualitarista, tan específico de los EEUU durante las primeras décadas del siglo XX, las grandes transformaciones sufridas en el campo habían reducido prácticamente a la nada los principios igualitarios y democráticos y habían hecho emerger la otra cara de la moneda siempre presente en la sociedad norteamericana: su profunda convicción religiosa. El comportamiento social estaba cortado con el pa-

<sup>8</sup> Hay traducción al español, ver nota 1.

<sup>9</sup> R. Kirk, *op. cit.*, p. 18.

<sup>10</sup> R. Kirk, “El gobierno tolerable”, en J. L. Orozco (comp.) *Testimonio político norteamericano 1890-1980*, México, SEP-UNAM, Vol. II, p. 239.

trón de los principios religiosos imperantes. Lo que encuentra Kirk en el Medio Oeste es precisamente esta metamorfosis del populismo que se había iniciado en la década de los veinte: la sustitución de los ideales democráticos e igualitarios por el comportamiento religioso, a veces fundamentalista, que a su vez se había convertido en un comportamiento social.

Hemos señalado que la contradicción fundamental que los pensadores sociales y políticos tenían que resolver era el desfase entre la situación real de la sociedad norteamericana y sus estado emocional que tenía que ver con el periodo anterior. Mientras los liberales fueron capaces de estructurar un pensamiento totalizador, las diferentes tendencias conservadoras sólo lo fueron de responder a problemas parciales, cayendo en la tentación de partir de ese estado no tanto para superarlo, sino para revivir posiciones ideológicas que habían quedado marginadas durante el convulsivo periodo de los años treinta: el liberalismo clásico y los valores agrarios transformados. Es obvio que con estos planteamientos las fuerzas conservadoras no podían convertirse en una alternativa capaz de competir con los liberales en la conquista de la hegemonía en la sociedad. La necesidad de construir una alternativa conservadora bien estructurada y no fragmentada estaba planteada.

En el artículo "The Philosophical New Conservatism", escrito en 1955 y reformulado en 1962, Viereck planteó la necesidad de definir sobre nuevas bases el pensamiento conservador.<sup>11</sup> Lo que los conservadores norteamericanos necesitaban era construir un pensamiento acorde con la realidad concreta de lo "norteamericano". No hay pensamiento conservador si éste no retoma lo que está vivo en la tradición de la nación. El mismo Burke partió del liberalismo inglés producto de la Revolución Puritana para oponerlo a los principios abstractos de los revolucionarios. ¿No tendrían los conservadores norteamericanos que incorporar a sus postulados el liberalismo norteamericano? ¿No será que lo que convierte en conservadora a la Constitución norteamericana es precisamente su carácter liberal?

Viereck opuso sus argumentos a las posiciones de las corrientes conservadoras del momento, a los tradicionalistas y a los libertarios. Para él ninguna de las dos representaban el pensamiento conservador que necesitaba la sociedad norteamericana.

Para Viereck, los libertarios con su defensa a ultranza del mercado y su rechazo a la intervención estatal atacaban la misma esencia del conservadurismo. Éste, para él significa un equilibrio entre el individuo, la comunidad y el Estado. La comunidad por medio del Estado debe compensar

<sup>11</sup> Viereck, "The Philosophical New Conservatism", en D. Bell (comp.), *The Radical Right. The New American Right, Expanded and Update*, Nueva York, Anchor Books.



los desequilibrios que la ponen en peligro. ¿No están los libertarios poniendo en peligro el orden y la estabilidad que produce este equilibrio al atacar el papel regulador del Estado? ¿No se sitúan en el terreno de la derecha liberal, fuera del marco conservador?

Además, los libertarios eran incapaces de visualizar los problemas que genera el desarrollo capitalista. Su visión geométrica del avance social, incompatible con el desgarramiento de los profundos sentimientos humanos que el desarrollo produce, no estaba de acuerdo con la filosofía conservadora que sostiene que el avance social desmesurado deshumaniza al hombre. Su visión de los hombres como un promedio, ataca a la esencia del hombre: su irreductibilidad con otros hombres.

Pero no se trata de revivir viejos valores, como hace Kirk, para serenar y dar seguridad al hombre, sino que se trata de enfrentarse a los problemas que el curso social crea. La angustia tiene que superarse rescatando los valores humanos, presentes en la cultura viva. Estos valores se encuentran en las instituciones sociales, políticas y económicas que unen al hombre con la comunidad. Los hombres tienen que reencontrarse consigo mismos y con la sociedad, no a través de la adopción de valores estereotipados, sino introduciéndose en la red de las instituciones orgánicas que la cultura humana ha creado, entre las que se encuentran las instituciones políticas liberales.

La propuesta de Vierek consistía en discutir la esencia del conservadurismo. No tanto en articular un pensamiento con implicaciones pragmáticas inmediatas como en debatir acerca de los principios filosóficos que el conservadurismo en el futuro debería tener. Vierek proponía que éste, en contra de las corrientes existentes, tenía que hacer suyo el liberalismo político presente en la Constitución y la regulación económica por parte del Estado. ¿Qué era entonces lo que diferenciaba al conservadurismo del liberalismo? En primer lugar, el tomar conciencia de que había que conservar el liberalismo y, en segundo, que los problemas con que se enfrentaba la sociedad en los años cincuenta no eran reductibles a una solución política; era necesario darse cuenta que había que rescatar la importancia de los valores humanos que toman cuerpo en las instituciones forjadas por la sociedad para que el individuo se sienta parte de la comunidad.

Las propuestas revolucionarias de Vierek no podían madurar. Tomado de la mano de las propuestas liberales el pueblo norteamericano atravesaba lo que Galbraith llamó la *sociedad opulenta*. Nadie intuía el agotamiento de las fuerzas del nuevo liberalismo. Importantes cambios tenían que producirse, para que las propuestas de Vierek empezaran a tenerse en cuenta y la estructuración de un nuevo pensamiento conservador pudiera competir de igual a igual con el liberal.

## Los EEUU en los sesenta: años de confianza y crisis

Los años sesenta significaron la culminación de las reformas emprendidas durante la que se ha llamado *segunda revolución norteamericana*. La crisis de confianza que gravitó durante las tres anteriores décadas sobre la sociedad quedó atrás. El sistema político renovado estaba en condiciones de enfrentarse con éxito a las tareas que imponía la hegemonía mundial y sostener la actividad económica en los límites del pleno empleo. El pueblo norteamericano volvía a tener plena confianza en sus instituciones.

La economía conocía una tasa de crecimiento sin precedentes. Se pensaba que era posible el Estado del bienestar para todos, incluso se llegó a hablar de la sociedad opulenta en la cual ningún grupo social, por marginado que fuera, quedaría al margen de la riqueza. Fue la época de la lucha por los derechos civiles; ya no era tanto el problema del crecimiento, sino que, al estar éste asegurado, lo que preocupaba era cómo distribuirlo. Los grupos de negros y mujeres que con la guerra entraron al proceso productivo, vieron incrementar sus expectativas arrastrando a otros grupos marginales. Estos grupos forjaron importantes movimientos sociales y políticos. El movimiento negro alcanzó gran fuerza y combatividad y lo mismo cabe decir de las mujeres y de los chicanos, algunos de los cuales, como señala Bell, fueron capaces de superar el corto plazo para convertirse en movimientos tendenciales de largo alcance.<sup>12</sup>

Este estado de confianza fue revertido por el movimiento contestatario más importante en la historia reciente de los EEUU. Lo que la mayoría de los investigadores sociales creía firme como una piedra, demostró no serlo tanto. La crisis fue de tal envergadura que parecía golpear las instituciones políticas, la economía y los valores culturales.

La reforma política roosveltiana se caracterizó por unir la salud interna de las instituciones con los resultados de su política exterior.<sup>13</sup> El reforzamiento de la presidencia con la creación y extensión paulatina de un cuerpo de asesores, “la oficina ejecutiva del presidente”, estuvo ligado al desarrollo de agencias que controlaban la actividad exterior. Vietnam, con todo su significado e implicaciones sobre los cuales no vamos a extendernos, y más tarde Watergate donde las nuevas agencias entraron en conflicto con el ordenamiento legal anterior, fueron la expresión de la crisis. La “fe combativa en la democracia” se resquebrajó. Las instituciones no eran tan democráticas como habían sido presentadas y la participación política activa a través de la lucha contra la guerra y por los derechos civiles,

<sup>12</sup> Ver el artículo de D. Bell, “Estados Unidos: rebeldía y autoridad en los setenta”, en *Vuelta* No. 94, México, 1984.

<sup>13</sup> Esta idea está desarrollada en A. Wolfe, *Los límites de la legitimidad*, México, Siglo XXI; y A. Schlesinger, *The Imperial Presidency*.

mostró los límites de la democracia. La salida liberal de la participación democrática, cuando fue realmente puesta en práctica, verificó su vulnerabilidad.

Lo mismo ocurrió en el terreno económico. Aunque no está tan claro que la crisis económica fuera el resultado de la contradicción entre la capacidad fiscal y el tener que hacer frente al mismo tiempo a los gastos que resultaban de las tareas internacionales, y de atender los producidos por la extensión de los servicios sociales, característicos de una posición hegemónica y de una sociedad opulenta, lo cierto es que la economía conoció juntos el paro y la inflación.<sup>14</sup> La política keynesiana, a través de una política económica expansiva, vía el déficit, traía consigo un aumento controlable de la inflación pero reducía el paro, sin embargo, la realidad de los años setenta puso en tela de juicio el consenso poskeynesiano. El problema planteado ya no era sólo el de la distribución de la riqueza, sino sobre todo, el de cómo sostener de nuevo el crecimiento económico sin desajustes monetarios, fiscales y de balanza de pagos.

El pleno empleo, la integración de los grupos marginales, la desaparición de la pobreza, objetivos de la política liberal, fueron sustituidos por objetivos estabilizadores que perseguían inevitablemente resultados opuestos. De la crisis del consenso poskeynesiano surgieron nuevas escuelas como la *monetarista*, la *supplyside* o la *nueva economía clásica* que poseían en común la crítica a la política keynesiana y que abogaban por reducir en diferente grado el intervencionismo estatal.

Los valores tradicionales norteamericanos también sufrieron el impacto de las nuevas condiciones sociales, aunque para algunos autores la dirección de los impulsos determinantes, fue de estas últimas a los primeros, lo que le llevó a hablar a Bell de crisis cultural.<sup>15</sup>

Los problemas sociales de la sociedad industrial fueron sustituidos por los nuevos de la sociedad posindustrial. El Estado del bienestar llegó a calar tan hondo en los grupos sociales que el sentimiento de inseguridad fue enterrado por aquél. Cualquier problema podía ser resuelto, bajo previa formulación de demandas, por el Estado. La idea de seguridad llegó a dominar por completo el sentimiento social. Pero este sentimiento de protección, donde todo podía ser resuelto, además de convertirse en un problema político, hizo surgir un nuevo sentimiento: el de la insatisfacción, que degeneró en rebeldía contra la autoridad y en movimientos contestatarios que ponían en cuestión la cultura tradicional norteamericana. Nació así la *contracultura* que se enlazó con el movimiento político de protesta, lo que le permitió alcanzar grandes dimensiones. La familia, el trabajo y el es-

<sup>14</sup> Ver J. O'Connor, *Estado y capitalismo en la sociedad norteamericana*, Argentina, Periferia.

<sup>15</sup> Ver D. Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Madrid, Alianza Universidad.

fuerzo individual, las religiones luteranas con su moralismo social, los valores norteamericanos por excelencia, fueron sustituidos por organizaciones comunales, el hedonismo y religiones que potenciaban el intimismo.

### **El ascenso conservador: los neoconservadores**

La crisis de los setenta produjo la necesidad de reformular de nuevo el viejo ideario norteamericano ya en crisis. La sociedad necesitaba, ante todo, recuperar la confianza en sus propios valores. Lo característico fue que, al contrario que en los años treinta, aquélla se articuló desde premisas conservadoras. Las posiciones liberales quedaron atrapadas en el agotamiento del modelo que ellos mismos levantaron.

Las posiciones conservadoras que en décadas anteriores se caracterizaron por su fragmentación y desarticulación fueron capaces al retomar las viejas discusiones y sin perder el pragmatismo, de responder a los nuevos hechos sociales. Los neoconservadores que desarrollaron y expusieron su posición desde las universidades, sin aparente relación con las fuerzas sociales en acción, acabaron dominando el firmamento político norteamericano, coincidiendo con los intereses empresariales que comenzaban a desgajarse del proyecto liberal.<sup>16</sup>

Los neoconservadores apoyaron y continuaron en cierta manera los trabajos de Viereck. La mayoría de ellos provenía de posiciones liberales, algunos de posiciones radicales de izquierda, pero con una posición crítica ante los planteamientos liberales por lo cual no les fue difícil comprender los límites del propio liberalismo. Las propuestas conservadoras que finalmente cristalizaron no venían de los tradicionalistas ni de los libertarios sino de posiciones que asumían la tradición liberal norteamericana.

La tarea central consistía en reconstruir la crisis de consenso que había funcionado desde la reforma rooseveltiana.<sup>17</sup> Por ello, era necesario reformular el ideario en crisis. Huntington definió los puntos que para él condensan el ideario norteamericano y en el que se mueven las fuerzas mayoritarias sociales y políticas que actúan en la sociedad norteamericana. Junto a la defensa del sistema político conserva la idea del poder y la fuerza del individualismo, de la libertad de empresa, la igualdad de oportunidades y el reconocimiento de que un profundo sentimiento religioso y sus prácticas viven en los norteamericanos. Su ideario se podría conden-

<sup>16</sup> Un análisis sobre el neoconservadurismo se encuentra en P. Steinfeld, "The Reasonable Right", *Esquire*, oct. 13, 1979; y con mayor extensión, del mismo autor *The Neo-conservatives. The men who are changing America's Politics*, Simon Schuster, 1979.

<sup>17</sup> Sobre la crisis del consenso ver: C. Rico, "La dimensión de la 'crisis política' y sus perspectivas en los ochenta", *Cuadernos Semestrales* del CIDE, No. 14.

sar en el tradicional credo político norteamericano y en el peso que pone en el carácter religioso.<sup>18</sup> ¿Quién no encontraría un paralelismo con lo que Toqueville describió acerca de la sociedad norteamericana? ¿No estarán entonces los neoconservadores reformulando de nuevo el viejo liberalismo?

Ellos eran conscientes de que el sistema liberal no era un sistema democrático en un sentido participativo. Al rescatar la filosofía política, colocándose cerca de Locke pero opuestos a Rousseau, comprendieron que la naturaleza de la democracia liberal norteamericana está mucho más cerca de una idea filosófica que de un contenido pragmático.<sup>19</sup> Recuperando también las discusiones y las ideas de los padres fundadores, fueron capaces de vislumbrar que el sistema liberal no puede funcionar si los ciudadanos participan activamente, y si, además, son capaces de articular de modo ilimitado sus demandas al gobierno. En este sentido, políticamente era posible construir una posición conservadora desde posiciones estrictamente liberales. Eran los excesos liberales los que ponían en peligro al sistema, no su esencia. De ahí se pasó a definir el carácter de la crisis; ésta no radicaba en la naturaleza de las instituciones liberales norteamericanas, sino en el exceso de actividad de las mismas, siendo capaces de dar pautas políticas y de restringir la actividad política del gobierno.<sup>20</sup>

Si sus posiciones son claras en el terreno político, en el económico no lo eran tanto. Viereck había defendido la actividad reguladora del Estado. La reforma económica de Roosevelt poseyó dos elementos diferenciados. El primero consistía en una política intervencionista en un marco de predominio proteccionista a nivel mundial. En este sentido implementó medidas que controlaron la actividad económica regulando no sólo las variables macroeconómicas, sino también ciertas inversiones y los precios de algunos bienes básicos para la sociedad. Asimismo decretó medidas para corregir los desequilibrios regionales que la macrocefalia del noroeste había producido. El segundo elemento fue una política reguladora a través del manejo de las variables macroeconómicas, en especial del déficit y de sostener la actividad en el ciclo a través de los gastos militares.

Este doble carácter de la intervención estatal se mantuvo sin discusión hasta la crisis de los setenta. Ya hemos señalado los efectos que produjo la crisis en la economía y en el consenso poskeynesiano.

Las posiciones de los libertarios pasaron de ser heterodoxas, de la ma-

<sup>18</sup> Ver S.P. Huntington, *American Politics: The promise of disharmony*, Harvard University Press, cap. 1.

<sup>19</sup> Para una idea sobre las concepciones neoconservadoras sobre la democracia, ver I. Kristol, *On the democratic Idea in America*, New York, Harper Torch Books.

<sup>20</sup> Ver "Informe a la Trilateral. La gobernabilidad de la democracia", en *Cuadernos Semestrales*, No. 2-3, CIDE.

no de las nuevas escuelas económicas, a ser un paradigma, si no completamente aceptado, sí por lo menos considerado de igual a igual con la escuela keynesiana. Estas nuevas escuelas atacan no sólo la intervención del Estado, sino también su capacidad reguladora. La política económica sólo produce, en el mejor de los casos, más incertidumbre.

Pero si en el ideario de Huntington no hay una toma de posición sobre este problema, esta discusión tendría que ubicarse dentro de la dimensión política, en las posiciones de Bell o en las de Kristol donde encontramos más claridad respecto al ideario neoconservador.<sup>21</sup> Para Kristol, el libre mercado es una condición necesaria pero no suficiente para que exista una sociedad liberal, por lo que es necesario regular la economía para garantizarla. Ésta necesita orden y estabilidad que sólo se garantiza con el crecimiento que requiere, a su vez, del apoyo de una política económica menos intervencionista que no ponga en peligro la estabilidad al abandonar completamente las ayudas sociales a los procesos de cambio en la estructura productiva. Una economía de mercado, bajo condiciones liberales, necesita ser regulada y necesita también atender a los más necesitados. Esa es la garantía del orden y la estabilidad. En el pensamiento neoconservador encontramos la defensa de la regulación para ayudar a los intereses empresariales a mantener el crecimiento, colaborando con el financiamiento de los costos sociales del mismo. En estas condiciones el crecimiento necesita de una reestructuración industrial, en la que el Estado no va a intervenir señalando la dirección de la misma, pero en la que el mismo no puede quedar al margen cuando sus costos en estabilidad y en orden sean grandes. Es entonces fácil entender que, aparte de lo que significa su reconstrucción cultural, la posición supone la disciplina de la fuerza de trabajo. Por ello, los círculos empresariales coincidieron con las propuestas neoconservadoras en el tiempo y en el espacio.

El tercer elemento al que los neoconservadores tenían que responder era el de la crisis de los valores culturales.<sup>22</sup> La emergencia de nuevos sujetos sociales producto de la sociedad posindustrial y de la idea liberal de la necesidad de participación política, fue acompañada, como lo hemos señalado, del movimiento contracultural que para los neoconservadores ponía en peligro dos pilares de la sociedad: la religión y la familia.

Esto podría llevar a la sociedad norteamericana, sustentada en el individualismo, a enfrentar problemas de funcionamiento, si no recuperaba la vieja idea productivista-puritana para enfrentarla con el hedonismo. Pero los años sesenta y setenta, para los neoconservadores, a pesar del predo-

<sup>21</sup> Ver I. Kristol, *Reflections of a Neoconservative, Looking Back Looking Ahead*, Basic Books, 1983.

<sup>22</sup> Ver las posiciones neoconservadoras sobre este punto en el artículo de Daniel Bell citado en la nota 12.

minio de la contracultura, no habían enterrado para siempre los valores tradicionales norteamericanos. Estos estaban vivos en el conservadurismo rural, que unía al populismo y al moralismo, y latentes en la sociedad urbana. El conservadurismo social, comportamiento que se da de acuerdo con la moral religiosa y la tradición de la familia, siempre había estado presente en la sociedad. Los nuevos sujetos sociales y los movimientos que crearon, salvo la igualdad de derechos de la mujer, tendrían un carácter de corto plazo porque eran el resultado del modernismo; pero éste, a su vez, había agotado su capacidad creadora, y el liberalismo, que en cierta forma lo sustentaba, estaba agotado teórica y políticamente. Lo que había que defender entonces eran los viejos valores tradicionales: la familia y la religión, porque, ante el agotamiento de las nuevas formas culturales, éstos brotarían de nuevo. Además de la recuperación de los valores tradicionales, se reforzaría la idea del esfuerzo individual frente al Estado-padre, se reducirían las demandas y la participación política, y se volvería a la estabilidad de las instituciones, recuperando éstas la credibilidad perdida.

La posición neoconservadora sobre la política exterior ofrece más dudas. En ella existen posiciones trilateralistas, como las que Huntington, con posiciones radicales de derecha: las de reducir todos los problemas que cuestionan la hegemonía norteamericana a un conflicto Este-Oeste, como las de la señora Kirk Patrick. Este es un terreno en el que las posiciones conservadoras, con excepciones que confirman la regla, como el periodo Carter, en el que se intentó devolver la confianza a la sociedad norteamericana en las instituciones que diseñan y gestionan la política exterior, han dominado por lo que, en este terreno, no necesitan articular una respuesta totalmente coherente.

Lo que a nuestro juicio es más relevante y que parece estar implícito en el pensamiento neoconservador, es que éste intenta desvincular la relación directa que existe entre los problemas internos y el papel hegemónico de los Estados Unidos a nivel mundial. Ellos no supeditan su pensamiento a la existencia concreta de la sociedad burguesa-liberal actual, y a la relación de fuerzas internacional existente, lo cual da una mayor flexibilidad respecto a la política exterior, de ahí las dos corrientes existentes dentro del pensamiento neoconservador. Al mismo tiempo significa un corte con el nuevo proyecto liberal que unió la salida interna con la hegemonía internacional y quizás con la propia lógica a la que está sometida la sociedad norteamericana, desde la reforma de Roosevelt. La defensa del liberalismo norteamericano, su conservación, no se juega para los neoconservadores fuera de las fronteras nacionales. Las propuestas son domésticas y esto explica su ambigüedad y su contradicción en el terreno exterior, pero clarifica sus propuestas políticas internas. El separar el sistema político de la tarea hegemónica, permitiría recuperar el pensamiento de los padres

fundadores, y devolver al sistema político su filosofía liberal: el tan discutido equilibrio entre los tres poderes, la gobernabilidad y la eficacia.

Podemos concluir este punto reduciendo en pocas líneas lo que a nuestro juicio es el pensamiento neoconservador.<sup>23</sup> El neoconservadurismo es el primer pensamiento de naturaleza conservadora que se articula en los Estados Unidos y que combate en igualdad de condiciones con el pensamiento liberal. Responde a la crisis de los años sesenta y setenta y a la emergencia de nuevos sujetos sociales; surge como producto del agotamiento político y teórico del liberalismo; defiende frente al romanticismo del conservadurismo tradicional, la filosofía política, las ideas liberales de Locke y el liberalismo político; delimita el sistema liberal respecto del pragmatismo participativo que sobrecarga al sistema y le quita credibilidad. En economía, es partidario de la regulación económica del Estado frente al liberalismo extremo. El Estado debe sostener el crecimiento, dando estabilidad por medio del financiamiento de los costos económicos y sociales de éste. De ahí su convergencia con los sectores empresariales. En el terreno social es partidario de un conservadurismo social, en donde la familia y la religión son los pilares de la sociedad y vuelven a dominar en los valores de los ciudadanos, sustituyendo a las propuestas culturales alternativas. Su flexibilidad en política exterior es el resultado de su tendencia a separar el futuro del sistema liberal del curso de la hegemonía internacional, reformulando hacia el pasado las reformas de Roosevelt para alcanzar el equilibrio entre los poderes, la eficacia y la gobernabilidad.

### **El neoconservadurismo y la Nueva Derecha**

El surgimiento de los neoconservadores fue acompañado de un proceso de reordenamiento. No sólo se produjeron cambios importantes, no culminados en los dos partidos mayoritarios y en sus relaciones entre sí, sino que al mismo tiempo apareció una nueva organización de derecha radical que, a la vez que retomaba elementos presentes en las viejas organizaciones de la misma índole, como el populismo, poseía otros elementos nuevos como el de un mayor pragmatismo y una mayor ambición de poder, que estaban ausentes en aquellas.

La Nueva Derecha fue, al igual que el neoconservadurismo, producto directo de la crisis de los sesenta y los setenta.<sup>24</sup> Mientras que en los sesenta se manifestó como el resultado de un desarrollo intelectual, en los

<sup>23</sup> Los axiomas del pensamiento neoconservador se encuentran sistematizados en I. Kristol, *Confessions of a True, self-confessed perhaps the only Neoconservative*.

<sup>24</sup> Para el análisis de la Nueva Derecha, ver A. Hunter, "Entre bastidores: Ideología y organización de la Nueva Derecha", en *Revista Mexicana de Sociología*, No. 81.



setenta se expresó como una posición natural de los elementos más reaccionarios de la sociedad frente a los movimientos de izquierda radical. Esta respuesta, paralela en el tiempo al fenómeno neoconservador, hizo caer a algunos analistas en la simplicidad.

El pensamiento conservador de los años cincuenta, a excepción de Viereck, al no poseer coherencia y al ser confuso y contradictorio, se plegó al radicalismo y al conservadurismo. Estos rasgos los encontramos en los neoconservadores y en la Nueva Derecha, lo que aumenta más la confusión. Ésta, bastante generalizada, nos obliga a analizar en qué consiste la diferencia de sus respuestas, y por qué situamos al neoconservadurismo en el campo conservador, y a la Nueva Derecha en el de las organizaciones radicales tradicionales de la derecha norteamericana.

A pesar de que una parte de los elementos ideológicos de la Nueva Derecha, poseen raíces en lo que definimos como tendencias conservadoras —el conservadurismo tradicional y el liberalismo de los libertarios— ésta posee otros elementos que caracterizan a los movimientos radicales, como el fundamentalismo, el populismo y el sentimiento conspirativo, proveniente de las fuerzas internacionales del comunismo.

Aunque queda implícito en todo lo que hemos dicho, hay que subrayar que dentro del conservadurismo han existido, con cortes en el tiempo, dos grandes corrientes conservadoras: una que hunde sus raíces en las posiciones de Adams, reivindicando el sistema liberal, que culminará en los neoconservadores, y otra nacida en el Sur, que defiende los valores tradicionales, que posee raíces agrarias y que culminará en las propuestas de Kirk. La influencia conservadora en las posiciones de la Nueva Derecha vendría más por la segunda que por la primera. La Nueva Derecha no tiene tanta fe, como los neoconservadores, en la filosofía política ni en el sistema, su fe prevalece más en los valores tradicionales, en la moral puritana y en la familia, impregnada de cierto liberalismo individualista. Las propuestas de la Nueva Derecha, por tanto, no pretenden un reordenamiento del sistema, a través de la recuperación del sentido de las instituciones, sino que buscan básicamente recuperar los viejos valores tradicionales.

Además de la ausencia de un proyecto claro, existe la contradicción que produce la sombra del populismo junto con sus mecanismos monotemáticos que lo refuerzan, con propuestas extremistas liberales, y de una cierta ambigüedad hacia las instituciones, en especial hacia el Partido Republicano, siendo que el sistema de partidos es para algunos autores uno de los factores importantes en la estabilidad del sistema.

A la Nueva Derecha, entonces, no le parece preocupar tanto la estabilidad del sistema; no posee ese elemento central del pensamiento de Burke. Si la respuesta neoconservadora a la crisis de los setenta fue pensada desde una óptica global de la sociedad, diseñando una forma para recuperar,

dentro del orden, el funcionamiento normal de aquella, la respuesta de la Nueva Derecha fue más una reacción pensada desde los intereses de las clases medias que se sentían amenazadas por el surgimiento de nuevos sujetos sociales. Para los neoconservadores, estos amenazaban con el funcionamiento del sistema visto como un todo; mientras que para la Nueva Derecha amenazaban los intereses de un grupo social determinado. Aquí volvemos a detectar su carácter radical. Los movimientos radicales, según Lipset, son la expresión de la defensa de la jerarquía social y económica alcanzada por ciertos grupos sociales que la ven amenazada, y no son de ninguna manera la expresión del conjunto de la sociedad para conservar sus valores alcanzados.<sup>25</sup> La defensa de un liberalismo económico extremo se ajusta perfectamente a esta definición. Las clases medias estaban ahítas de sostener con sus impuestos a los nuevos sujetos que creían en el Estado-padre y que además atacaban lo que ellos mismos eran: hombres creyentes y trabajadores.

La fusión del tradicionalismo y el liberalismo responde perfectamente a los intereses de las clases medias, pero de ninguna manera a la sociedad en su conjunto. ¿Cómo, basándose en el populismo, se puede implementar una política económica que corte de raíz las prestaciones sociales? ¿De dónde van a sacar los sectores empresariales los recursos necesarios para la reestructuración y el desarrollo tecnológico? Es por esto que las organizaciones empresariales apoyan a los neoconservadores que poseen una alternativa global.

Existe otra diferencia que se mueve dentro de la misma línea. Mientras que, como hemos señalado, los neoconservadores dentro de su concepción global para reformular de nuevo el sistema y ante el problemático estado del sistema internacional, proponen desvincular lo más posible el sistema político de las tareas internacionales; la Nueva Derecha, potenciando el sentimiento patriótico, une la confianza en el sistema buscando la hegemonía a nivel internacional. Ello significa defender una sola dirección en política exterior: la de la agresividad y el intervencionismo sin límites, propuesta ciertamente aventurera, porque un nuevo revés de envergadura en política exterior agudizaría la crisis. También es la ausencia de un proyecto global, sustituido por una política fácil a corto plazo que posee una gran proporción de inestabilidad, lo que le separa de una posición conservadora en este terreno. En sus propuestas no existe la cautela, signo de una política estable y uno de los axiomas de la política conservadora.

Hay, por último, una razón que parece importante: su posición ante la actividad política. Los neoconservadores utilizaron los propios mecanismos del sistema para desarrollar sus posiciones. Se limitaron con sus

<sup>25</sup> Ver S. Lipset. *La política de la sinrazón*.

publicaciones y a través de actuar en las instituciones republicanas a aplicar y difundir su política. Al contrario, la Nueva Derecha creó sus propias organizaciones y les dio un doble carácter. Así, sus representantes están presentes en las instituciones políticas del sistema, sobre todo en el Partido Republicano y a su vez en la posibilidad de crear conflicto en ellas cuando cuestionan sus planteamientos, creando un nuevo factor de inestabilidad.

La posesión de elementos propios del radicalismo, el no tener la estabilidad del sistema como objetivo central, la ausencia de racionalidad global, y una política exterior aventurera, están ausentes en los planteamientos neoconservadores. Éstos y la Nueva Derecha son dos fenómenos diferentes, que surgen en una misma coyuntura, pero que de ninguna manera se pueden identificar por completo. Mientras los neoconservadores se ubican en el arco conservador, la Nueva Derecha pertenece, con características nuevas, a la tradición de las viejas organizaciones radicales de la derecha norteamericana.

### **La revolución conservadora**

No podemos terminar este trabajo sobre el conservadurismo, sin analizar brevemente lo que se está llamando “la revolución conservadora”, que a nuestro juicio es el proyecto reaganiano.

Este breve análisis lo haremos desde el punto de vista de los objetivos y no sobre sus posibilidades de viabilidad, ya que esto nos obligaría a efectuar una caracterización de la relación de fuerzas que está fuera de nuestro objetivo temático. La caracterización del neoconservadurismo y de la Nueva Derecha que hemos realizado, nos permite acercarnos a la comprensión de este proceso.

“La revolución conservadora” de los ochenta tendría por objeto reformular de nuevo, ante la crisis de los setenta, el viejo ideario norteamericano. Se trataría de recuperar la filosofía liberal, reordenar la regulación económica del Estado sobre nuevas bases y reglamentar el comportamiento social con el propósito de que el sistema político, sin cambio en su naturaleza, vuelva a ser funcional ganando credibilidad y eficacia.

El liberalismo, presente en la Constitución y en la filosofía de los padres fundadores de la nación norteamericana, pretende un gobierno eficaz y fuerte, idea que es más importante que la de una democracia que paralice la acción del gobierno. La fuerza del gobierno residiría en la creencia de los ciudadanos de que éste no puede sustituirlos en la labor de solucionar los problemas sociales. Esto explica el porqué de nombramientos de responsables que no creen en aquello para lo que son designados, así como las propuestas descentralizadoras.

La revolución política, por tanto, trataría de desvincular la credibilidad del gobierno de sus resultados en todos los terrenos. Estos serían producto de la acción del ciudadano o de fuerzas “incontroladas”, sobre las que el gobierno nada puede hacer.

Reordenar la actividad económica significa acabar con el intervencionismo pero no con la regulación. En la misma línea que en el terreno político, se trata de que el gobierno afecte lo menos posible la actividad económica, pero sin dejar de actuar cuando sea necesario para la sobrevivencia del sistema. El gobierno garantizaría con su actividad un mercado para la producción a través del gasto militar, o financiaría la reestructuración como en el caso de la Chrysler cuando lo requiera el ritmo de acumulación, y transferiría recursos de pobres a ricos por medio de la reducción de la asistencia social y en nombre del mercado, siempre que no ocasionen grandes conflictos.

Reglamentar el comportamiento social es otro de los objetivos de la revolución conservadora que recuerda a la de los años veinte; de ahí las declaraciones de Reagan acerca de que su revolución tendría el mismo objetivo que la que, según él, se produjo en aquellos años. La idea de que todo depende de la acción de los ciudadanos o de las fuerzas incontrolables, no puede funcionar si no se recuperan los valores tradicionales, morales y religiosos. Los esfuerzos del gobierno deben tender a que estos valores se impongan a los modernos. No es entonces de extrañar el comportamiento, las declaraciones y las medidas, como las del rezo obligatorio en las escuelas, entre otras, que buscan reglamentar, por ley, el comportamiento social y las costumbres.

El proyecto reaganiano es claramente un proyecto conservador, en el sentido de los neoconservadores, y de ninguna manera es un proyecto extremista y radical. ¿Qué es entonces lo que a veces le hace aparecer así? Ya hemos dicho que el pensamiento neoconservador parte de una lógica global, pero la base social del presidente Reagan no es toda la sociedad sino una parte de ella: las clases medias; ciudadanos que viven en una constante amenaza real o imaginaria por la crisis y que son el sustento de la Nueva Derecha. Esta es la contradicción más importante en la que se mueve el proyecto de Reagan: su propuesta global conservadora descansa sobre las clases medias que han asimilado, por la influencia de la Nueva Derecha, posiciones radicales. Esto explicaría la causa de que aunque en su programa está presente la reducción del déficit y de los impuestos que beneficiaría a las clases medias, en la práctica tiene grandes dificultades para hacerlo, ya que está obligado a atender los costos de la regulación necesarios para la funcionalidad global de la economía y del sistema.

Lo mismo ocurre con su política aventurera en los asuntos exteriores, la cual, sin duda alguna, es más compleja porque depende de otras fuer-

zas exteriores; tiene un objetivo de reformulación de la política interna que entra en conflicto con aquélla, poniendo en peligro su proyecto global. Si se quiere desvincular al gobierno de sus resultados, separar el funcionamiento interno de la hegemonía, y volver a las raíces del liberalismo político, el sistema no puede permitirse el lujo de tener conflictos permanentes entre el Congreso y la presidencia, que lejos de lograr el equilibrio entre los poderes, sigue la lógica de la reforma rooseveltiana. ¿Cuál es, entonces, la causa de esta contradicción? La influencia cada vez mayor de la Nueva Derecha, que puede mover sus baterías con gran repercusión social, ya que desde el macartismo las fuerzas conservadoras no se han opuesto a este juego que sensibiliza con suma facilidad a las clases medias. Lo que quizás Reagan no valora bien de esta contradicción es que, aunque los resultados en política exterior no son catastróficos y no tiene mucha influencia en el comportamiento electoral, lo que le da cierto margen de maniobra, sí lo son en el terrero estructural, como se ha demostrado en los últimos años, lo que acarrea que el conflicto entre los poderes pueda ser el factor que revierta su proyecto, quedando la “revolución conservadora” en mero intento.

El que Reagan sea capaz de llevar adelante su proyecto conservador, dependerá de cómo evolucione la contradicción en que se mueve, de cómo se apoyará en un grupo social controlado cada vez más por otra fuerza política situada fuera del arco conservador, y de cómo respondan los grupos sociales afectados por su proyecto, los nuevos sujetos sociales y los sectores que sufren los costos de la acumulación. El diagnóstico del movimiento de estas fuerzas está fuera del nuestro objetivo.

## Conclusiones

El pensamiento conservador se ha producido durante toda la existencia de la nación norteamericana. El conservadurismo político o social, las dos grandes corrientes conservadoras, han estado siempre presentes, de alguna manera, en la vida política. Si hasta después de la Segunda Guerra Mundial no se han podido crear corrientes organizadas, ha sido debido a que el sistema político se acopló sin problemas al modelo de desarrollo que se impuso. Las fuerzas del desarrollo y las reformas políticas fueron lo suficientemente sólidas para que el dinamismo social no tuviera obstáculos y ningún grupo social necesitara sostener consistentemente una fuerza conservadora, porque desde la derrota del Sur todo el mundo se beneficiaba de los cambios sociales.

La Reforma Jackson acabó con el conservadurismo político, no sólo porque pervirtió la idea liberal de gobierno, sustituyendo la élite que daba

eficacia a las decisiones por un gobierno más democrático y dando cabida al pueblo, sino porque el gobierno del pueblo no produjo ninguna disfunción al sistema y su funcionalidad se mantuvo debido a la vitalidad liberal hasta los años sesenta de nuestro siglo.

El sistema tendría que hacerse disfuncional para que el conservadurismo político apareciera de nuevo. El conservadurismo social que fue desarrollándose en torno al Sur quedó también eclipsado porque sus valores culturales no tenían correlación con la realidad posterior a la guerra civil. Después, cuando los efectos producidos por el desarrollo, el proceso urbanizador e industrializador empezaban a disolver las costumbres sociales y la moral luterana y comenzó de nuevo a brotar un conservadurismo social en la década de los veinte, la crisis del 29 golpeó de tal manera a la sociedad que produjo una ruptura de golpe de esta corriente de pensamiento.

La crisis de los setenta resultó innovadora; por primera vez, el sistema, bajo premisas liberales, era incapaz de rearticularse de nuevo. Ninguna propuesta de reformulación fue producida desde posiciones liberales. El liberalismo mostró su agotamiento teórico y político. Era la hora del conservadurismo. El pensamiento conservador que se articuló, el neoconservadurismo, tomó conciencia de la crisis liberal y unió en una sola, de forma coherente, las dos corrientes conservadoras que habían existido: la política y la social. La sociedad norteamericana apoyó las propuestas conservadoras porque sintió que el ideario norteamericano, el credo político liberal y su alta religiosidad, necesitaban ser de nuevo formulados. Los mecanismos que el sistema había autogenerado con la Reforma Roosevelt empezaban a amenazar al propio sistema. Era entonces necesario dar marcha atrás volviendo a sus principios filosóficos y recuperar la esencia misma del sistema. Lo que se inició con la Reforma Jackson, el pragmatismo de la participación democrática, se convirtió por primera vez en disfuncional amenazando las bases liberales. Había que conservar el sistema liberal porque éste había llegado al máximo de sus posibilidades y no podría absorber los cambios sociales. Cualquier otra vía de reformulación del sistema abriría seguramente un periodo convulsivo con resultados inciertos. La sociedad norteamericana comenzaba a sentirse conservadora.